

**“Mundo y Doctrina Social de la Iglesia.
Diálogos y monólogos”**

**Una reflexión sobre las potencialidades pedagógicas de la DSI y la
urgencia de su didáctica y aplicación¹**

¹ Este trabajo es resultado de la conferencia que el autor pronunció, el 4 de noviembre de 2010, a invitación del “Instituto Diocesano da Formação Cristã” del Patriarcado de Lisboa.

Introducción

“... el diálogo sin ambigüedades y respetuoso de las partes involucradas es hoy una prioridad en el mundo, a la cual la Iglesia no se sustrae”².

El tema de la conferencia es muy amplio. Mi intención es no teorizar, filosófica y teológicamente, sobre el diálogo de la Iglesia con el mundo; no es el enfoque que me han solicitado, aunque sea una opción muy válida y necesaria hoy. Estoy aquí invitado por el “Instituto Diocesano da Formação Cristã” (IDFC) del Patriarcado de Lisboa; pero quiero estar como un ciudadano cristiano con la disposición de reflexionar sobre algunas cosas comunes que deben apasionarnos. La Doctrina social de la Iglesia (DSI) es una de esas cosas; y me gustaría compartir y provocar el diálogo y el interés de todos sobre la fuerza que esta doctrina social nos proporciona para dialogar con el mundo actual. Quiero reflexionar, ante todo, sobre la fuerza pedagógica de la DSI para llegar a la conclusión de que tenemos la urgente necesidad de una buena didáctica para que la DSI sea más conocida y aplicada.

En mi exposición aportaré muchos textos de la DSI con la intención de que el lector la conozca en su literalidad, descubra su sabor y extraiga de sus mensajes mucho más de lo que mi pobre reflexión pueda ofrecerle.

Además de la introducción y la conclusión, he estructurado el texto en cinco partes: en primer lugar, haré una breve reflexión sobre la Iglesia como diálogo con el mundo y sobre la necesidad de que seamos especialistas en este diálogo; en segundo lugar, hablaré un poco sobre el mundo de hoy y expondré que la DSI es el mejor instrumento que tenemos los católicos para hablar con el hombre de hoy sobre nuestro mundo; en tercer lugar, haré un breve repaso a las dificultades y resistencias al diálogo que nacen dentro y fuera de la Iglesia y de las cuales somos responsables; en cuarto lugar, plantearé las grandes potencialidades de la DSI para que, siendo fiel a la vocación para la cual nació, la utilicemos para dialogar con el mundo y aportar respuestas de valor permanente a sus problemas e inquietudes; en quinto lugar, abordaré que la DSI no tiene respuestas para todo, pero sí nos da la luz necesaria para determinar los fines y los medios adecuados para plantear correctamente muchos problemas en ámbitos críticos para el hombre de hoy. Concluiré con una llamada urgente a un mayor compromiso con la Didáctica y la Pedagogía de la DSI, para que, cada cristiano, --obispo,

² Discurso del Papa Benedicto XVI. Encuentro con el mundo de la cultura. Centro Cultural de Belém – Lisboa, 12 de mayo de 2010.

sacerdote, religioso, laico—sea capaz de transmitir al mundo, con su propia vida y su palabra, la Doctrina social de nuestra Iglesia.

I.- La Iglesia es “diálogo”. Debemos ser especialistas en el diálogo con el mundo.

La Iglesia es diálogo (Pablo VI, *Ecclesiam suam*); lo que más debe caracterizarnos hoy es que seamos expertos en dialogar como la Iglesia dialoga con el mundo (*Gaudium et spes*).

“«La Iglesia – escribía el Papa Pablo VI – debe entrar en diálogo con el mundo en que vive. La Iglesia se hace palabra, la Iglesia tornase mensaje, la Iglesia se hace coloquio» (*Ecclesiam suam*, 38). De hecho, el diálogo sin ambigüedades y respetuoso de las partes involucradas es hoy una prioridad en el mundo, a la cual la Iglesia no se sustrae”. (Discurso del Papa Benedicto XVI. Encuentro con el mundo de la cultura. Centro Cultural de Belém – Lisboa, 12 de mayo de 2010).

La DSI es un instrumento eficaz para buscar el lugar de Dios en el corazón de de nuestro mundo.

“La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias -comprendidas en el mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la justicia- con los problemas que surgen en la vida de la sociedad”. (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación – Libertatis conscientia*, 72).

El Papa Pablo VI, que dio a su pontificado el sello inequívoco del “diálogo”, se declaró “heredero” de este estilo que impregna el magisterio de sus predecesores. En *Ecclesiam suam* dice así:

“Y no podemos hacerlo de otro modo, convencidos de que el diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico, como herederos que somos de una estilo, de una norma pastoral que nos ha sido transmitida por nuestros Predecesores del siglo pasado, comenzando por el grande y sabio León XIII, que casi personifica la figura evangélica del escriba prudente, *que como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas*, emprendía majestuosamente el ejercicio del magisterio católico haciendo objeto de su riquísima enseñanza los problemas de nuestro tiempo considerados a la luz de la palabra de Cristo. Y del mismo modo sus sucesores, como sabéis. ¿No nos han dejado nuestros Predecesores, especialmente los papas Pío XI y Pío XII, un magnífico y muy rico patrimonio de doctrina, concebida en el amoroso y sabio intento de aunar el pensamiento divino con el pensamiento humano, no abstractamente considerado, sino concretamente formulado con el lenguaje del hombre moderno? Y este intento apostólico, ¿qué es sino un diálogo? Y ¿no dio Juan XXIII, nuestro inmediato Predecesor, de venerable memoria, un acento aun más marcado a su enseñanza en el sentido de acercarla lo más posible a la experiencia y a la comprensión del mundo contemporáneo? ¿No se ha querido dar al mismo Concilio, y con toda razón, un fin pastoral, dirigido totalmente a la inserción del mensaje cristiano en la corriente de pensamiento, de palabra, de cultura, de costumbres, de tendencias de la

humanidad, tal como hoy vive y se agita sobre la faz de la tierra? Antes de convertirlo, más aún, para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos”. (*Ecclesiam suam*, 27)

La razón de que estemos convencidos de la necesidad de dialogar está en la misma Historia de la Salvación, que es un diálogo permanente, compasivo y paciente de Dios con el hombre, con cada hombre, en sus circunstancias concretas. La lectura de los números 41-44 de la *Ecclesiam Suam* ilustra lo que decimos (ES 41-44).

Por tanto, para nosotros, el diálogo no es una simple metodología, una técnica o un instrumento; es fruto de la propia experiencia del encuentro, del compartir, del intercambio, de la comunicación y de la empatía entre los seres humanos. El diálogo es el cauce necesario para buscar la verdad, la amistad y amor entre las personas. Y la DSI ejerce esta *diaconía* de la verdad y del amor. Porque el corazón de toda la DSI es la verdad sobre la dignidad de la persona y el amor hecho justicia y bien común.

“La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia” (*Caritas in veritate*, 2). “La doctrina social de la Iglesia responde a esta dinámica de caridad recibida y ofrecida. Es « *caritas in veritate in re sociali* », anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad. Dicha doctrina es servicio de la caridad, pero en la verdad” (*Caritas in veritate*, 5b).

“« *Caritas in veritate* » es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral. Deseo volver a recordar particularmente dos de ellos, requeridos de manera especial por el compromiso para el desarrollo en una sociedad en vías de globalización: *la justicia y el bien común*” (*Caritas in veritate*, 6).

Por otro lado, dialogar no es negociar: yo te doy, tú me das... como si se tratara solamente de satisfacer el mutuo interés. En el diálogo no se puede traicionar nada del patrimonio irrenunciable de nuestra Fe y del mensaje del Evangelio.

“La fidelidad al hombre exige *la fidelidad a la verdad*, que es la única *garantía de libertad* (cf. *Jn 8,32*) y de *la posibilidad de un desarrollo humano integral*. Por eso la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable” (*Caritas in veritate*, 9b).

Pero también debemos ser conscientes de que, por más que nos esforcemos en ofrecer y presentar nuestras propuestas, nuestra verdad, siempre vamos a encontrar grupos de interés y de presión social atrincherados en el monólogo de los propios prejuicios o en el discurso del pasado. No seamos nosotros los que estemos atrincherados en el monólogo del club de los puros y duros; no seamos nosotros los que

pretendamos mantener posturas irreductibles. En orden a los resultados, debemos ser flexibles.

“Su doctrina social es una dimensión singular de este anuncio: está al servicio de la verdad que libera. Abierta a la verdad, de cualquier saber que provenga, la doctrina social de la Iglesia la acoge, recompone en unidad los fragmentos en que a menudo la encuentra, y se hace su portadora en la vida concreta siempre nueva de la sociedad de los hombres y los pueblos” (*Caritas in veritate*, 9b).

II.- La DSI es el mejor instrumento que tenemos para hablar con el hombre de hoy sobre nuestro mundo.

Hablar hoy de “nuestro mundo” es referirse a una realidad muy compleja. Vivimos en un mundo marcado por múltiples crisis y desafíos. Ninguno de nosotros y ningún país es ajeno a la crisis financiera y económica, a la crisis del trabajo, de la salud, de la educación, de la energía y del medio ambiente, de determinados valores, del matrimonio y la familia, a la crisis de la justicia y de las instituciones políticas... Y todas ellas tienen su raíz en una crisis profunda de orden cultural y moral: la crisis antropológica, lo que pensamos sobre el ser humano (*Caritas in veritate*, 75).

Nuestro mundo es rico en conocimientos, técnica y recursos, pero es también injusto y desigual; es un mundo globalizado e interdependiente, pero no fraterno y solidario; anhela la paz, pero es conflictivo y violento; es un mundo cambiante, pero en una dirección que atenta contra el hombre y contra la misma Creación...

La DSI habla con el hombre de hoy de sus desafíos más importantes. En la última palabra de la Iglesia sobre doctrina social, la encíclica *Caritas in veritate* de Benedicto XVI, encontramos muchos desafíos, enumero algunos:

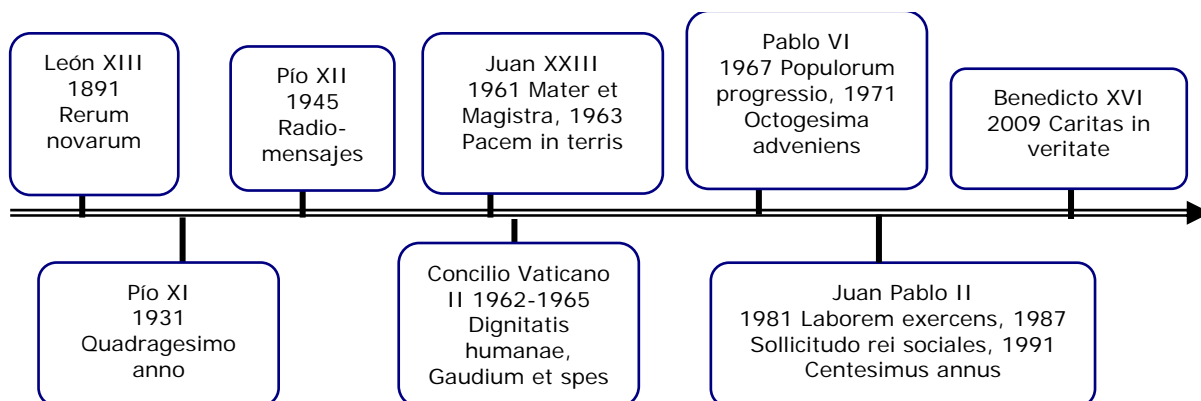
- El de la lucha contra la pobreza y el hambre y el del acceso a los alimentos y al agua en condiciones suficientes en cantidad y calidad (*Caritas in veritate*, 27, 43 y 58);
- El de la sostenibilidad del uso de los recursos naturales y la salvaguardia del medioambiente (*Caritas in veritate*, 48-52);
- El de la globalización de la economía y las finanzas regida por criterios éticos de solidaridad y fraternidad (*Caritas in veritate*, 6, 9, 38, 39, 40, 41b, 42, 45, 65, 67, 71...).
- El del desarrollo integral abierto a la vida (*Caritas in veritate*, 11, 23, 28, 29, 44, 59, 67, 75).
- El de la técnica y del uso de las nuevas tecnologías de la comunicación (*Caritas in veritate*, 68-76).

- El desafío de la creación de oportunidades de trabajo decente para todos, sobre todo para los jóvenes y las mujeres (*Caritas in veritate*, 22, 25, 32, 41, 62-64).
- El de la creciente movilidad humana y de las migraciones forzadas (*Caritas in veritate*, 25, 61, 62).
- El de la responsabilidad de los Estados y de la comunidad internacional en la búsqueda del bien común nacional y global (*Caritas in veritate*, 22, 24, 25, 39, 41, 60, 67).
- El desafío del lugar de Dios en el mundo y en la vida de las personas como garantía del verdadero desarrollo humano (*Caritas in veritate*, 29, 55, 78...).

Todos ellos tienen su traducción a pequeña escala en cada nación, en cada ciudad y en cada familia. Y de ellos se viene ocupando la Iglesia, a través de su Doctrina social, a lo largo de la Historia. Desde León XIII a Benedicto XVI, la Doctrina Social de la Iglesia está acompañando al mundo en el acontecer de su historia, aprendiendo a dialogar, dejando a un lado la mentalidad impositiva, abandonando el monólogo consigo misma. Sentimos la necesidad de hablar no sólo con los que ya están convencidos, sino con toda persona de buena voluntad, siendo conscientes de las dificultades propias y ajenas.

La DSI no es una "teoría sociológica" o una "filosofía social"; y de los Pontífices y los obispos no podemos esperar que emitan teorías explicativas al modo de los pensadores sociales y políticos. Sin embargo, la DSI, habiendo nacido del encuentro del mensaje del Evangelio con las realidades sociales (LC)³, da respuestas concretas a cuestiones históricas concretas.

Teniendo como raíces de su reflexión: la Ley natural, la historia religiosa del pueblo hebreo, la vida y predicación de Jesús, la vida y pensamiento de las primeras comunidades, las cartas de San Pablo, la teología de los Padres de la Iglesia, la caridad operante de la Iglesia, la reflexión teológica...



³ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación – Libertatis conscientia*, 72.

En las encíclicas sociales encontramos acertados análisis socioeconómicos y políticos de cada época, que ayudan a conocer y a interpretar la historia de la sociedad y la acción de la Iglesia en el momento histórico en que fueron escritas. Algunos ejemplos:

- *Rerum novarum*, 1, ante la "revolución industrial" y la causa del proletariado.
- *Pacem in terris*, 1, ante los problemas de la "guerra fría" y la causa de la paz.
- *Octogesima adveniens*, 31-34, sobre una valoración del marxismo; 35, sobre una valoración del liberalismo.
- *Populorum progressio*, 1, ante la toma de conciencia del subdesarrollo y del abismo entre pobres y ricos.
- *Centesimus annus*, 22, ante la caída del "muro de Berlín" y el derrumbamiento histórico del "socialismo real".
- *Caritas in veritate*, 21-33, ante los problemas actuales del desarrollo, la crisis económica y financiera y la globalización.

III.- La DSI alerta sobre algunos obstáculos, amenazas y resistencias para el diálogo.

El diálogo es siempre, al menos, entre dos personas o entidades. Con su Doctrina Social, la Iglesia se presenta como parte integrante del mundo, sensible y comprometida con todas las circunstancias que afectan al ser humano. En cada época, con encíclicas diferentes, pero siempre con un corpus doctrinal común, la Iglesia ha querido acompañar a los católicos, y a todos los que quisieran oír su voz y seguir sus enseñanzas, en la comprensión de sus problemas y en la búsqueda de las soluciones necesarias. Es suficiente repasar las encíclicas para darnos cuenta de que ha sido así.

Pero el diálogo Iglesia-mundo no siempre ha sido fácil, y la experiencia nos dice que hoy, como en otras épocas, hay resistencias y numerosos obstáculos. Ahora bien, no podemos considerarlos insalvables; al contrario, tenemos que aprovecharlos como oportunidades: primero, porque son una llamada a la autocrítica y a la conversión personal e institucional; segundo, porque son la interpelación de un mundo que, sin saberlo, busca algo consistente a qué agarrarse; un mundo necesitado de amarras que lo liberen del miedo a navegar a la deriva. Sin pretender ser exhaustivo, enumero algunos obstáculos de los que la DSI se va haciendo eco.

(1) El relativismo y el fundamentalismo

A la hora de transmitir nuestra verdad, hoy nos encontramos con la inclinación al relativismo del conocimiento. Un ejemplo de ello sería la denominada "ideología de género", en la que conceptos como masculino o

femenino, paternidad y maternidad se plantean como creaciones culturales desvinculadas de la naturaleza y, por tanto, como funciones sociales intercambiables por el "género" elegido. O, como afirma Benedicto XVI, "uno de los aspectos del actual espíritu tecnocrático se puede apreciar en la propensión a considerar los problemas y los fenómenos que tienen que ver con la vida interior sólo desde un punto de vista psicológico, e incluso meramente neurológico" (*Caritas in veritate*, 76).

El conocimiento de la verdad, cuando se comparte y se comunica, genera un intercambio y la comunión entre las personas, que es la esencia del verdadero diálogo.

"Puesto que está llena de verdad, la caridad puede ser comprendida por el hombre en toda su riqueza de valores, compartida y comunicada. En efecto, *la verdad es « lógos » que crea « diá-logos »* y, por tanto, comunicación y comunión. La verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas. La verdad abre y une el intelecto de los seres humanos en el *lógos* del amor: éste es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad." (*Caritas in veritate*, 4).

El Papa prosigue su reflexión y afirma:

"En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad" (*Caritas in veritate*, 4).

La otra cara del relativismo afecta a la dimensión moral. Por ejemplo, la democracia es concebida como un marco para el consenso social, para determinar lo que es bueno y lo que es malo. Y no es necesario demostrar que la Iglesia aprecia y defiende el sistema democrático (*Centesimus annus*, 46-47; *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 406-407).

Pero creer que la filosofía que corresponde a la democracia es el relativismo y el agnosticismo, que confunden el respeto a las opiniones ajenas –algo esencial en una democracia– con la falta de certeza sobre las propias convicciones, no es asumible por un cristiano. Es el peligro del fundamentalismo y del fanatismo. Si no existe una verdad última que de sentido a las decisiones fundamentales de nuestra vida y a su sentido más hondo, los ciudadanos pueden ser utilizados como meros instrumentos por el poder del más fuerte. Una democracia carente de determinados valores se convierte en un totalitarismo, visible o encubierto, en el que imperan los grupos de poder, que tratan de imponer sus propios objetivos bajo

capa de verdad (*Centesimus annus*, 46; *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 407).

Además, estos relativismos se convierten muchas veces en actitudes propias del fundamentalismo religioso, ideológico y filosófico, cerrado y sectario, incluso amorales; antes que propiciar intercambios y formas de cooperación entre las personas y entre los pueblos, alimentan la imposición sin tregua de los más poderosos, la violación sistemática de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, y ello incluso en sociedades que se rigen por un sistema democrático. Existen verdaderas “dictaduras silenciosas” controladas por grupos de interés que, en algunos casos, son una simbiosis de lo público y lo privado, cuando los mismos Estados se empeñan en ser defensores del ateísmo (*Caritas in veritate*, 29).

“La exclusión de la religión del ámbito público, así como, el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad. La vida pública se empobrece de motivaciones y la política adquiere un aspecto opresor y agresivo. Se corre el riesgo de que no se respeten los derechos humanos, bien porque se les priva de su fundamento trascendente, bien porque no se reconoce la libertad personal. En el laicismo y en el fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa. *La razón necesita siempre ser purificada por la fe*, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, *la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón* para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad”. (*Caritas in veritate*, 56).

(2) El indiferentismo, la apatía y la ignorancia

Las sociedades y las generaciones de hoy en día son débiles en sentido moral y en lo que se refiere al ánimo vital. Hoy, una de las grandes limitaciones para el encuentro de las verdades de la Fe cristiana con el mundo es la desaparición de un espíritu colectivo, de un ambiente de ilusión y de tensión por grandes ideales; actualmente se da por válido el mero hecho de estar, el denominado *presentismo* y el pragmatismo... No importa que el gato sea blanco o negro, lo que importa es que el gato cace ratones (Deng Xiao Ping). Observaba Pablo VI que “el mundo sufre por falta de convicciones” (*Populorum progresio*, 85). Hace falta el renacer de la pasión por los grandes ideales.

“Se trata de un desafío exigente. Los tiempos que estamos viviendo nos sitúan ante problemas grandes y complejos, y la cuestión social se ha convertido, al mismo tiempo, en cuestión antropológica. Se han derrumbado los paradigmas ideológicos que, en un pasado reciente, pretendían ser una respuesta «científica» a esta cuestión. La difusión de un confuso relativismo cultural y de un individualismo utilitarista y hedonista debilita la democracia y favorece el dominio de los poderes fuertes.”

(Benedicto XVI, Discurso a los participantes en la 24ª asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 21 de mayo de 2010).

El Papa Benedicto XVI, en el encuentro con los obispos portugueses, llamó la atención del modo siguiente:

“En efecto, cuando en opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por «divinidades» y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él”. (Discurso del Papa Benedicto XVI. Encuentro con los Obispos de Portugal. *Salão das Conferências de Nossa Senhora do Carmo - Fátima, 13 de mayo de 2010*).

Por eso, nuestra forma de proceder en el mundo debe buscar la eficacia de nuestras acciones e iniciativas. Dialogar no es quemar el tiempo y las palabras sin saber para qué; tenemos que tener un objetivo, buscar resultados, dialogar de manera eficaz para mover la voluntad de otros hacia la dirección correcta y deseada.

“La Iglesia aparece como la gran defensora de una sana y elevada tradición, cuya rica aportación está al servicio de la sociedad; ésta sigue respetando y apreciando su servicio al bien común, pero se aleja de la mencionada “sabiduría” que forma parte de su patrimonio. Este “conflicto” entre la tradición y el presente se expresa en la crisis de la verdad, pero sólo ésta puede orientar y trazar el rumbo de una existencia lograda, como individuo o como pueblo. De hecho, un pueblo que deja de saber cuál es su propia verdad, acaba perdiéndose en el laberinto del tiempo y de la historia, sin valores bien definidos, sin grandes objetivos claramente enunciados. Queridos amigos, queda por hacer un gran esfuerzo para aprender la forma en que la Iglesia se sitúa en el mundo, ayudando a la sociedad a entender que el anuncio de la verdad es un servicio que ella le ofrece, abriendo horizontes nuevos de futuro, grandeza y dignidad”. (Discurso del Papa Benedicto XVI. Encuentro con el mundo de la cultura. *Centro Cultural de Belém – Lisboa, 12 de mayo de 2010*).

La razón de ser de la DSI es la defensa a ultranza del ser humano, por amor a él mismo, para lo cual es urgente que cada miembro de la Iglesia, y cada persona de buena voluntad, la conozcamos y la pongamos en práctica. Es necesario que la doctrina social se encarne en nuestra vida, que podamos ser testimonios vivos de lo que la Iglesia propone al mundo para la consecución de la justicia y la paz. ¿Y cómo vamos a aplicar lo que no conocemos? La DSI no se enseña o no se enseña de manera adecuada ni en las universidades católicas ni en los seminarios, ni en los colegios católicos o en las parroquias; tampoco existen mejores resultados e iniciativas en las organizaciones de la Iglesia dedicadas a la acción social y caritativa y al desarrollo y la promoción humana.

Aquí reside una de nuestras grandes responsabilidades y uno de los mayores obstáculos para el diálogo con el mundo: nuestra ignorancia y nuestra falta de interés por la DSI, que suele ir acompañada de una pobre conciencia de nuestra identidad católica, además de la inseguridad, la desconfianza y el miedo hacia el mundo.

(3) La manipulación del lenguaje y de las conciencias

Hoy es muy frecuente encontrarnos diciendo las mismas palabras sin estar hablando de lo mismo. Por ejemplo: "interrupción del embarazo" = aborto; si un matrimonio es pobre, se divorcia, si es rico, rompe amistosamente su sociedad conyugal; lo mismo podemos decir de la falsa construcción de la igualdad entre los hombres y las mujeres, la llamada "igualdad de género", o de los nuevos usos que se hacen de las palabras matrimonio y familia; o cuando se habla de "esfuerzo fiscal solidario" = subida de impuestos para todos, lo que quiere decir, un mayor esfuerzo para los pobres que para los ricos...

Hoy se habla también de la conquista de nuevos derechos sociales y de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, hasta el punto de que algunos Gobiernos computan el llamado "derecho al aborto" como un avance y una conquista de las mujeres. ¡Es preocupante que lo que es un drama personal, familiar y social terrible, lo que hasta ayer era un delito tipificado en el código penal, sea considerado ahora un "derecho"!... La Ministra española de Igualdad dijo, por ejemplo, que "el Gobierno no puede compartir la afirmación de que la interrupción del embarazo sea la eliminación de la vida de un ser humano". E intentó explicar su afirmación diciendo que "abortar no supone acabar con una vida humana porque sobre el concepto de ser humano no existe una opinión unánime, una evidencia científica, ya que por vida humana nos referimos a un concepto complejo basado en ideas o creencias filosóficas, morales, sociales y, en definitiva, sometida a opiniones o preferencias personales"⁴. ¡Curiosa y dramática interpretación de una evidencia científica irrefutable!

Este es un debate que tenemos que ganar todos con los argumentos de la razón y la ética, porque no es una cuestión que afecte sólo a los católicos. Con la DSI tenemos una sólida base de reflexión.

(4) La devaluación de las palabras

Relacionado con la manipulación del lenguaje, entre otras cosas, está el deterioro del sentido de las palabras y el vacío del conocimiento de la verdad que siempre han querido transmitir. Con el paso del tiempo, algunas de las palabras más necesarias para la transmisión de la DSI han

⁴ ABC, 6 de octubre de 2010.

ido devaluándose. Amor, caridad, libertad, verdad, solidaridad, democracia, autoridad, poder, bien común, participación... Casi siempre debido a la contradicción entre lo que se dice y lo que se vive, de algunas palabras se ha abusado, otras han sido adulteradas y llegan a decir lo contrario de lo que se pretende. El Papa Benedicto XVI siente este problema del lenguaje y se refiere a él en *Deus caritas est 2*, cuando distingue "eros" y "ágape". En su última encíclica reitera esta dificultad.

“Por esta estrecha relación con la verdad, se puede reconocer a la caridad como expresión auténtica de humanidad y como elemento de importancia fundamental en las relaciones humanas, también las de carácter público. *Sólo en la verdad resplandece la caridad* y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad, percibiendo su significado de entrega, acogida y comunión. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario. La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal. En la verdad, la caridad refleja la dimensión personal y al mismo tiempo pública de la fe en el Dios bíblico, que es a la vez «*Agapé*» y «*Lógos*»: Caridad y Verdad, Amor y Palabra”. (*Caritas in veritate*, 3).

(5) Nuestra falta de coherencia y autenticidad

Por otro lado, debemos pensar también que, en cierto modo, hay una “sobreproducción” de DSI y un déficit de aplicación; corremos el riesgo de caer en el descrédito, porque predicamos mucho y muy bien para los demás, pero después nosotros no lo cumplimos. Nosotros somos responsables y culpables de algunos prejuicios creados en torno a la DSI, porque, cuando la enseñamos y la aplicamos, distorsionamos su sentido más profundo: la convertimos en un recetario de normas morales sociales, en papel mojado sin el respaldo real de nuestras propias vidas, y por ende, sin eficacia alguna, utilizarla como espada contra el capitalismo, el socialismo y el neoliberalismo; divulgarla y enseñarla como algo exclusivo de profesores, obispos y sacerdotes especialistas; concebirla como una teoría sociológica o una sociología cristiana... es, sencillamente, un craso error.

Hoy, más que nunca, se hace verdad la palabra de Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*: el diálogo del conocimiento y del saber debe ir acompañado del diálogo de las obras, del testimonio irrefutable de la coherencia de nuestra vida.

“Ante todo, y sin necesidad de repetir lo que ya hemos recordado antes, hay que subrayar esto: para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un

testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan -decíamos recientemente a un grupo de seglares-, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio". San Pedro lo expresaba bien cuando exhortaba a una vida pura y respetuosa, para que si alguno se muestra rebelde a la palabra, sea ganado por la conducta (*I Pe.* 3, 1). Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad". (*Evangelii nuntiandi*, 41).

Por ejemplo, a los políticos, a los empresarios, a los médicos, a los padres y madres de familia que nos manifestamos como católicos se nos exige coherencia y autenticidad. Porque, como enseña Juan Pablo II, "*para la Iglesia, el mensaje social del Evangelio no debe ser considerado una teoría, sino, sobre todo, fundamento y estímulo para la acción*" (*Centesimus annus*, 57). Este es el testimonio del cual somos herederos:

"Impulsados por este mensaje, algunos de los primeros cristianos distribuían sus bienes a los pobres, dando testimonio de que, no obstante las diversas proveniencias sociales, era posible una convivencia pacífica y solidaria. Con la fuerza del Evangelio, en el curso de los siglos, los monjes cultivaron las tierras, los religiosos y las religiosas fundaron hospitales y asilos para los pobres; las cofradías, así como hombres y mujeres de todas las clases sociales, se comprometieron en favor de los necesitados y marginados, convencidos de que las palabras de Cristo: "Cuántas veces hagáis estas cosas a uno de mis hermanos más pequeños, lo habéis hecho a mí", esto no debe quedarse en un piadoso deseo, sino convertirse en compromiso concreto de vida" (CA, 57).

El Papa, después de dar una de las mejores definiciones de lo que es la DSI, dice también lo que se debe esperar de su aplicación:

"Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna. De esta conciencia deriva también su opción preferencial por los pobres, la cual nunca es exclusiva ni discriminatoria de otros grupos. Se trata, en efecto, de una opción que no vale solamente para muchas formas de pobreza no sólo económica, sino también cultural y religiosa". (*Centesimus annus*, 57).

(6) Los prejuicios, las desconfianzas y los complejos

Cuántas veces oímos frases como éstas: "La Iglesia no es dialogante porque defiende unas verdades del pasado..."; "La Iglesia no tiene nada que aportar a la democracia porque no es una institución democrática".

Mons. Fernando Sebastián, que fue, entre otras misiones, Arzobispo de Pamplona y Tudela, escribió lo siguiente:

“Con frecuencia los católicos tenemos que oír que no estamos acomodados a la vida democrática. Esta acusación puede producir inseguridad y malestar en algunos de nosotros. Vale la pena que nos preguntemos seriamente si la fe cristiana dificulta realmente el desarrollo de una cultura democrática.

Si esto fuera así, sería difícil de explicar que la democracia haya nacido precisamente en el seno de los países de cultura cristiana. Sin exageración podemos decir que los principios que rigen la vida democrática han nacido del cristianismo. La igualdad y los derechos de las personas, la soberanía de los pueblos, el concepto de autoridad como servicio al bien común y no como simple dominio o imposición, la igualdad de todos ante la ley, todo esto, nace históricamente de la experiencia cristiana y de los valores morales del cristianismo. Incluso cuando semejantes ideas se afirman contra la Iglesia, quienes las defienden son hijos de la tradición y de la cultura cristianas”⁵.

Hoy día muchos católicos se sienten acomplejados. Ante la oportunidad y la urgencia de dar razones de su manera de vivir, sienten que van contra corriente, se sienten como “gente rara” y se dejan llevar por la marea de la actitud políticamente correcta, por la falsa democracia y la falsa tolerancia... Se rinden fácilmente a la postura del “¡qué más da!”, todo el mundo piensa así, da igual..., por el miedo a ser diferente porque eso les genera inseguridad debido a la falta de conciencia de su propia identidad. Para dialogar con lo diverso, con el otro, necesitamos estar seguros de lo que somos nosotros y de lo que queremos. Tenemos que creer que nosotros somos parte de la solución, si no es así lo más probable es que seamos parte del problema.

IV.- La DSI tiene muchas potencialidades para dialogar con el mundo y aportar respuestas de valor permanente.

La DSI nació con vocación de acompañar y dialogar el mundo en su acontecer histórico. Todas las resistencias mencionadas son reales. El desafío está en convertirlas en oportunidades para que estemos en el mundo con la especificidad del mensaje de la Fe cristiana. La DSI es el medio idóneo para cumplir la misión de llevar el mensaje del Evangelio al corazón del mundo. Veamos:

(1) La DSI está centrada en conocer e interpretar las grandes aspiraciones y también los sufrimientos del hombre y de los pueblos. La DSI se interesa por todas las realidades en todos los ámbitos y las ilumina todas. Bastaría citar las grandes encíclicas y documentos sociales de la Iglesia para constatar que, como dice *Gaudium et spes*,

⁵ SEBASTIÁN A., Fernando: *Iglesia en Democracia*. ECCLESIA, 6 de noviembre de 2004, pp. 6-8.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (*Gaudium et spes*, 1).

(2) La DSI está formulada sobre la base ética común de la humanidad: la dignidad de la persona y sus derechos y deberes (*Caritas in veritate*, 2 y 6ª; *Sollicitudo rei socialis*, 41-42). La persona es el camino de la Iglesia (*Centesimus annus* 43-55). En la dignidad fundamental de la persona humana nos reconocemos como iguales y con todos los derechos a la igualdad de oportunidades. Nadie tiene más derechos que otro, ninguna persona es más digna que otra. Y nadie puede ser tratado como una cosa u objeto, un medio o instrumento. De aquí nace la “regla de oro de la ética”: trata a cada uno como quieres que te traten a ti”.

El Concilio Vaticano II formuló lo más importante de la antropología cristiana de este modo:

“Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos.

Pero, ¿qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia.

La Iglesia siente profundamente estas dificultades, y, aleccionada por la Revelación divina, puede darles la respuesta que perfila la verdadera situación del hombre, dé explicación a sus enfermedades y permita conocer simultáneamente y con acierto la dignidad y la vocación propias del hombre.

La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios. **¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre para que te cuides de él? Apenas lo has hecho inferior a los ángeles al coronarlo de gloria y esplendor. Tú lo pusiste sobre la obra de tus manos. Todo fue puesto por ti debajo de sus pies** (Ps 8, 5-7).

Pero Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio **los hizo hombre y mujer** (Gen 1,27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás.

Dios, pues, nos dice también la Biblia, **miró cuanto había hecho, y lo juzgó muy bueno**” (Gén. 1,31). (*Gaudium et spes*, 12).

El Papa Benedicto XVI lleva esta dignidad fundamental y originaria al corazón del desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad:

“Quisiera recordar a todos, en especial a los gobernantes que se ocupan en dar un aspecto renovado al orden económico y social del mundo, que *el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad*: « Pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social » (*Caritas in veritate*, 25).

“En las *iniciativas para el desarrollo* debe quedar a salvo el principio de la *centralidad de la persona humana*, que es quien debe asumirse en primer lugar el deber del desarrollo. Lo que interesa principalmente es la mejora de las condiciones de vida de las personas concretas de una cierta región, para que puedan satisfacer aquellos deberes que la indigencia no les permite observar actualmente”. (*Caritas in veritate*, 47).

(3) La doctrina social es el lenguaje más adecuado para el diálogo de la Iglesia con la verdadera laicidad. Esto mismo es lo que dice el Papa cuando afirma:

“La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo *solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública*, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política. La doctrina social de la Iglesia ha nacido para reivindicar esa « carta de ciudadanía » de la religión cristiana. La negación del derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública, tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo. La exclusión de la religión del ámbito público, así como, el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad”. (*Caritas in veritate*, 56).

El *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia* concreta y aclara en qué consiste esta carta de ciudadanía, como vemos en estas lecturas.

“El compromiso político de los católicos con frecuencia se pone en relación con la « laicidad », es decir, la distinción entre la esfera política y la esfera religiosa.¹¹⁹⁴ Esta distinción «es un valor adquirido y reconocido por la Iglesia, y pertenece al patrimonio de civilización alcanzado ».¹¹⁹⁵ La doctrina moral católica, sin embargo, excluye netamente la perspectiva de una laicidad entendida como autonomía respecto a la ley moral: « En efecto, la “laicidad” indica en primer lugar la actitud de quien respeta las verdades que emanan del conocimiento natural sobre el hombre que vive en sociedad, aunque tales verdades sean enseñadas al mismo tiempo por una religión específica, pues la verdad es una ».¹¹⁹⁶ Buscar sinceramente la verdad, promover y defender con medios lícitos las verdades morales que se refieren a la vida social —la justicia, la libertad, el respeto de la vida y de los demás derechos de la persona— es un derecho y un deber de todos los miembros de una comunidad social y política.

Cuando el Magisterio de la Iglesia interviene en cuestiones inherentes a la vida social y política, no atenta contra las exigencias de una correcta interpretación de la laicidad, porque « no quiere ejercer un poder político ni eliminar la libertad de opinión de los católicos sobre cuestiones contingentes. Busca, en cambio —en cumplimiento de su deber— instruir e iluminar la conciencia de los fieles, sobre todo de los que están comprometidos en la vida política, para que su acción esté siempre al servicio de la

promoción integral de la persona y del bien común. La enseñanza social de la Iglesia no es una intromisión en el gobierno de los diferentes países. Plantea ciertamente, en la conciencia única y unitaria de los fieles laicos, un deber moral de coherencia». (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 571)

“*El principio de laicidad conlleva el respeto de cualquier confesión religiosa por parte del Estado, « que asegura el libre ejercicio de las actividades del culto, espirituales, culturales y caritativas de las comunidades de creyentes. En una sociedad pluralista, la laicidad es un lugar de comunicación entre las diversas tradiciones espirituales y la Nación ».* Por desgracia todavía permanecen, también en las sociedades democráticas, expresiones de un laicismo intolerante, que obstaculizan todo tipo de relevancia política y cultural de la fe, buscando descalificar el compromiso social y político de los cristianos sólo porque estos se reconocen en las verdades que la Iglesia enseña y obedecen al deber moral de ser coherentes con la propia conciencia; se llega incluso a la negación más radical de la misma ética natural. Esta negación, que deja prever una condición de anarquía moral, cuya consecuencia obvia es la opresión del más fuerte sobre el débil, no puede ser acogida por ninguna forma de pluralismo legítimo, porque mina las bases mismas de la convivencia humana. A la luz de este estado de cosas, « la marginalización del Cristianismo... no favorecería ciertamente el futuro de proyecto alguno de sociedad ni la concordia entre los pueblos, sino que pondría más bien en peligro los mismos fundamentos espirituales y culturales de la civilización ». (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 572)

- (4) **La DSI está construida sobre verdades de valor permanente, orienta al hombre hacia la verdad sobre sí mismo y sobre su historia, pero no es una palabra definitiva...** En su formulación enseña que, en el diálogo, existen verdades que son irrenunciables y, por tanto, no negociables; otras son orientaciones. Por su naturaleza teológica y moral, teórica y práctica, la DSI permite aplicar una cierta gradualidad en la vinculación a nuestras propuestas y compromisos.

“Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es éste nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la historia, especialmente en esta era industrial, a partir de la fecha histórica del mensaje de León XIII sobre “la condición de los obreros”, del cual Nos tenemos el honor y el gozo de celebrar hoy el aniversario.

A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considera de urgente necesidad en cada caso. En este esfuerzo por promover tales transformaciones, los cristianos deberán, en

primer lugar, renovar su confianza en la fuerza y en la originalidad de las exigencias evangélicas. El Evangelio no ha quedado superado por el hecho de haber sido anunciado, escrito y vivido en un contexto socio-cultural diferente. Su inspiración, enriquecida por la experiencia viviente de la tradición cristiana a lo largo de los siglos, permanece siempre nueva en orden a la conversión de los hombres y al progreso de la vida en sociedad, sin que por ello se le deba utilizar en provecho de opciones temporales particulares, olvidando su mensaje universal y eterno”. (*Octogesima adveniens*, 4).

En este sentido, la DSI es una “escuela” abierta, un laboratorio de pensamiento y acción, discernimiento dinámico, histórico...

“La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orientación ideal e indispensable, la propia doctrina social...” (*Centesimus annus*, 43).

“La Iglesia tampoco cierra los ojos ante el peligro del fanatismo o fundamentalismo de quienes, en nombre de una ideología con pretensiones de científica o religiosa, creen que pueden imponer a los demás hombres su concepción de la verdad y del bien. No es de esta índole la verdad cristiana. Al ser ideológica, la fe cristiana no pretende encuadrar en un rígido esquema la cambiante realidad sociopolítica y reconoce que la vida del hombre se desarrolla en la Historia en condiciones diversas y no perfectas. La Iglesia, por tanto, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona utiliza como método propio el respeto de la libertad” (*Centesimus annus*, 46).

(5) La DSI tiene una importante dimensión interdisciplinar y su metodología es inclusiva y transformadora...

Esta importante característica de la DSI proporciona un conocimiento global de las realidades del mundo, bajo el prisma de la distinción, integración y complementariedad de los diversos saberes humanos. La DSI hace ese “ensanchamiento de nuestro concepto de razón y del uso de la misma”.

“Esto significa que la valoración moral y la investigación científica deben crecer juntas, y que la caridad ha de animarlas en un conjunto interdisciplinar armónico, hecho de unidad y distinción. La doctrina social de la Iglesia, que tiene «*una importante dimensión interdisciplinar*», puede desempeñar en esta perspectiva una función de eficacia extraordinaria. Permite a la fe, a la teología, a la metafísica y a las ciencias encontrar su lugar dentro de una colaboración al servicio del hombre. La doctrina social de la Iglesia ejerce especialmente en esto su dimensión sapiencial. Pablo VI vio con claridad que una de las causas del subdesarrollo es una falta de sabiduría, de reflexión, de pensamiento capaz de elaborar una síntesis orientadora, y que requiere «*una clara visión de todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales*». La excesiva sectorización del saber, el cerrarse de las ciencias humanas a la metafísica, las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología, no sólo dañan

el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos, pues, cuando eso ocurre, se obstaculiza la visión de todo el bien del hombre en las diferentes dimensiones que lo caracterizan. Es indispensable « ampliar nuestro concepto de razón y de su uso» para conseguir ponderar adecuadamente todos los términos de la cuestión del desarrollo y de la solución de los problemas socioeconómicos”. (*Caritas in veritate*, 31).

Por otro lado, la DSI no exige profesar la Fe de la Iglesia para comprender y aceptar sus formulaciones y enseñanzas, porque los grandes principios y opciones de la DSI no son sólo para los católicos: sino para todas las personas, sin distinción de sexo, raza, cultura o condición social, en virtud de su dignidad fundamental. Esta afirmación se cumple ampliamente en la aplicación del principio de subsidiariedad. El Papa Benedicto XVI dice:

“El diálogo fecundo entre fe y razón hace más eficaz el ejercicio de la caridad en el ámbito social y es el marco más apropiado para promover la *colaboración fraterna entre creyentes y no creyentes*, en la perspectiva compartida de trabajar por la justicia y la paz de la humanidad. Los Padres conciliares afirmaban en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*: « Según la opinión casi unánime de creyentes y no creyentes, todo lo que existe en la tierra debe ordenarse al hombre como su centro y su culminación». Para los creyentes, el mundo no es fruto de la casualidad ni de la necesidad, sino de un proyecto de Dios. De ahí nace el deber de los creyentes de aunar sus esfuerzos con todos los hombres y mujeres de buena voluntad de otras religiones, o no creyentes, para que nuestro mundo responda efectivamente al proyecto divino: vivir como una familia, bajo la mirada del Creador. Sin duda, *el principio de subsidiariedad*, expresión de la inalienable libertad humana. La subsidiariedad es ante todo una ayuda a la persona, a través de la autonomía de los cuerpos intermedios. Dicha ayuda se ofrece cuando la persona y los sujetos sociales no son capaces de valerse por sí mismos, implicando siempre una finalidad emancipadora, porque favorece la libertad y la participación a la hora de asumir responsabilidades. La subsidiariedad respeta la dignidad de la persona, en la que ve un sujeto siempre capaz de dar algo a los otros. La subsidiariedad, al reconocer que la reciprocidad forma parte de la constitución íntima del ser humano, es el antídoto más eficaz contra cualquier forma de asistencialismo paternalista. Ella puede dar razón tanto de la múltiple articulación de los niveles y, por ello, de la pluralidad de los sujetos, como de su coordinación. Por tanto, es un principio particularmente adecuado para gobernar la globalización y orientarla hacia un verdadero desarrollo humano. Para no abrir la puerta a un peligroso poder universal de tipo monocrático, *el gobierno de la globalización debe ser de tipo subsidiario*, articulado en múltiples niveles y planos diversos, que colaboren recíprocamente. La globalización necesita ciertamente una autoridad, en cuanto plantea el problema de la consecución de un bien común global; sin embargo, dicha autoridad deberá estar organizada de modo subsidiario y con división de poderes, tanto para no herir la libertad como para resultar concretamente eficaz”. (*Caritas in veritate*, 57).

(6) La DSI puede ser comprendida y aplicada en la vida cotidiana, “no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas” (*Caritas in veritate*, 2).

La vida cotidiana está llena de oportunidades para aplicar la DSI, desde la vida familiar, escolar, empresarial, política... Vivir la subsidiariedad en el día a día es, por ejemplo, compartir las tareas en la familia, no hacer recaer toda la responsabilidad de la casa sobre la madre, lo que yo puedo hacer por mi mismo, debo hacerlo; vivir la solidaridad es, entre otras cosas, no sólo aportar un donativo a Caritas, sino en hacerme voluntario, es decir, en entregarme de manera perseverante al servicio de la caridad, que es la fuerza de la DSI; contribuir al bien común, es decir, interesarme por el bien de todos y cada uno, sobre todo de los más vulnerables y desvalidos, es, entre otras cosas, contribuir periódicamente con mis impuestos, no derrochar los bienes públicos como el agua y la energía, no contaminar el ambiente con ruido y gases... Estos principios de valor permanente, que son como verdades irrenunciables de la DSI (dignidad humana, bien común, justicia, solidaridad, subsidiariedad, participación, destino universal de los bienes...) no son sólo aplicables a las grandes cuestiones de la economía y de la política, del poder, de la autoridad de los Estados, de la guerra y la paz, del mercado y de la globalización, sino que cada persona, en su propia vida y de acuerdo con sus dones, debe esforzarse en transmitir y encarnar las enseñanzas de la DSI.

Ante la falta de líderes y de grandes ideales, la DSI está llamada a generar consenso ante las grandes cuestiones que influyen en nuestra vida diaria: la lucha contra la pobreza y el cambio climático; la crisis de la democracia y de la política; la urgencia de reorientar la economía y las finanzas con sentido ético, la necesidad de proponer un modelo de desarrollo a la medida de la dignidad del hombre...

La misma vida democrática parece estar envejeciendo y sufrir anemia. Tal vez la causa principal de la fragilidad de nuestras democracias resida en la invasión del *individualismo extremo*!

En definitiva, la prueba del nueve de la veracidad y de la autenticidad de nuestro diálogo con el mundo, no es que todos estemos de acuerdo, sino poder verificar que las medidas que adoptemos redundan en beneficio de la vida y de su nido natural, original y primario, que es la familia (*Caritas in veritate*, 15). Cuando digo "vida" no hablo sólo de la concepción de la vida y del aborto, sino de las condiciones que hacen posible su desarrollo, la vida digna, el trabajo decente, el acceso a los alimentos y a la educación, el mismo derecho a formar una familia...

(7) La DSI es escuela de buenos y ejemplares ciudadanos que cultivan las actitudes y comportamientos coherentes para la consecución de una sociedad más justa y solidaria.

Siendo conscientes de la complejidad del mundo actual, y de las dificultades que comporta un verdadero diálogo; pero también de las enormes posibilidades que tiene la DSI como instrumento de la nueva evangelización, nuestro diálogo con los hombres de hoy debe basarse en la verdad y en “el amor inteligente” (CIV, 65).

Sabemos que la Iglesia es acusada muchas veces de intransigencia, obscurantismo, adoctrinamiento, hipocresía... Son falsas acusaciones. La verdad es que estamos abiertos al diálogo y a la cooperación con los demás, conscientes de que no son un obstáculo, sino una oportunidad necesaria para conocer la verdad sobre cada uno de nosotros en “el otro”.

El Papa Pablo VI, en la tercera parte de su encíclica *Ecclesiam suam*, (1964), dice que el diálogo es mejor si uno se expresa con *claridad, mansedumbre, confianza y prudencia*.

“El coloquio es, por lo tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes: 1) *La claridad* ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad: es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a que se revisen todas las formas de nuestro lenguaje, viendo si es comprensible, si es popular, si es selecto. 2) Otro carácter es, además, la *afabilidad*, la que Cristo nos exhortó a aprender de El mismo: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*; el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. 3) *La confianza*, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus por una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoístico. 4) Finalmente, la *prudencia* pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye: si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible.

Con el diálogo así realizado se cumple la unión de la verdad con la caridad y de la inteligencia con el amor”. (*Ecclesiam suam*, 31).

El Papa Benedicto XVI, en *Caritas in veritate*, recuerda esta unión al hablar de un diálogo con “amor inteligente”. Somos “corazones que ven y actúan...” (*Deus caritas est*, 31). Transmitimos lo que conocemos y amamos. Y debemos estar dispuestos a destacar:

- Por la defensa de nuestra propia identidad, por nuestra veracidad e integridad, rechazando los compromisos que puedan perjudicar la

integridad de nuestra Fe y de nuestra verdad sobre el hombre; actuando con sinceridad y coherencia, sin disimular nuestra identidad.

“Pero subsiste el peligro. El arte del apostolado es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o en una disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad frente al deber con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que han de señalar nuestra cristiana profesión. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado contra el contagio de los errores con los que se pone en contacto”. (*Ecclesiam suam*, 33).

- Por nuestra honradez y libertad, sin ocultar nuestras convicciones, ni entender la tolerancia y la democracia como que “todo vale igual”. Aceptando que una misma Fe puede dar origen a compromisos y a opciones políticas diferentes.

“En las situaciones concretas, y habida cuenta de las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes”. (*Octogesima adveniens*, 50).

- En humildad y esperanza. El diálogo verdadero no humilla, sino que promueve y libera... Somos más aliento que lamento.

- Con caridad, bondad y justicia. Tomamos partido por los que no tienen reconocida su dignidad y sus derechos. “El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó (cf. Jo 13,14-17)”. (*Ecclesiam suam*, 49).

El diálogo se debe traducir en una auténtica sabiduría política. El pasado día 21 de mayo, el Papa Benedicto XVI, en su discurso a los participantes en la 24ª asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, habló en estos términos:

“Hay que recuperar y vigorizar de nuevo una auténtica sabiduría política; ser exigentes en lo que se refiere a la propia competencia; servirse críticamente de las investigaciones de las ciencias humanas; afrontar la realidad en todos sus aspectos, yendo más allá de cualquier reduccionismo ideológico o pretensión utópica; mostrarse abiertos a todo verdadero diálogo y colaboración, teniendo presente que la política es también un complejo arte de equilibrio entre ideales e intereses, pero sin olvidar nunca que la contribución de los cristianos sólo es decisiva si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad, clave de juicio y de transformación. Hace falta una verdadera «revolución del amor». Las nuevas generaciones tienen delante de sí grandes exigencias y desafíos en su vida personal y social”. (Benedicto XVI, Discurso a los participantes en la 24ª asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 21 de mayo de 2010).

V.- ¿En qué ámbitos es urgente e ineludible el diálogo de la DSI con el mundo?

¿Tiene la DSI respuestas para todo? La DSI no tiene respuestas para todo, pero tiene la luz necesaria para determinar los fines y proponer los medios adecuados frente a los problemas que afectan a la dignidad humana.

La DSI tiene un profundo conocimiento de nuestro mundo y del desarrollo de los pueblos, por eso es un instrumento eficaz para hablar con el hombre de hoy, consciente de que se está creando una nueva conciencia en un mundo que emerge de una crisis global y que ya no va a volver a ser el mismo. Y tenemos que estar presentes nos lo está pidiendo el Papa en su última encíclica:

“La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo *solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública*, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política. La doctrina social de la Iglesia ha nacido para reivindicar esa «carta de ciudadanía» de la religión cristiana. La negación del derecho a profesar públicamente la propia religión y a trabajar para que las verdades de la fe inspiren también la vida pública, tiene consecuencias negativas sobre el verdadero desarrollo. La exclusión de la religión del ámbito público, así como, el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad. La vida pública se empobrece de motivaciones y la política adquiere un aspecto opresor y agresivo. Se corre el riesgo de que no se respeten los derechos humanos, bien porque se les priva de su fundamento trascendente, bien porque no se reconoce la libertad personal. En el laicismo y en el fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa. *La razón necesita siempre ser purificada por la fe*, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, *la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón* para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad”. (*Caritas in veritate*, 56).

Dialogar con el mundo es ejercer nuestros derechos de ciudadanos en todos los ámbitos de la vida. En la última visita a Portugal, en el discurso a los Obispos, el Papa también abordó este asunto:

“Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida. En dichos ámbitos, hay muchos creyentes que se avergüenzan y dan una mano al secularismo, que levanta barreras a la inspiración cristiana. Entre tanto, queridos hermanos, quienes defienden con valor en estos ambientes un vigoroso pensamiento católico, fiel al Magisterio, han

de seguir recibiendo vuestro estímulo y vuestra palabra esclarecedora, para vivir la libertad cristiana como fieles laicos”. (Discurso del Papa Benedicto XVI. Encuentro con los Obispos de Portugal. *Salão das Conferências de Nossa Senhora do Carmo - Fátima, 13 de mayo de 2010*).

(1) En primer lugar, en el encuentro de la persona consigo misma

El lugar preferente de Dios en el mundo es la persona. La DSI se dirige ante todo, como el mismo Evangelio, a cada persona. Hoy, el éxito de la evangelización se juega en el interior de las personas. En sociedades multiculturales, como las nuestras, las personas se enfrentan con diversos estilos de vida, con culturas distintas, entre las cuales deben adoptar decisiones que son vitales. Se nos proponen muchas alternativas que exigen de nosotros una claridad de ideas muy superior a la que se nos exigía en otro tiempo. A ello hay que añadir que vivimos en sociedades, tan condicionadas por los medios de comunicación, que en infinidad de ocasiones no somos nosotros mismos, sino lo que los medios hacen de nosotros. En El año 1933, Ortega y Gasset escribió: “Y al vivir yo de lo que se dice y llenar con ello mi vida he sustituido el yo mismo que soy en mi soledad por el yo-gente”. Hoy, los medios de comunicación tienen tanto poder que corremos el riesgo de que sea a ellos, a los otros, a quienes carguemos con la responsabilidad de ser nosotros mismos. Nosotros sabemos que las decisiones fundamentales tienen lugar en las personas, en los procesos interiores sólo perceptibles por la propia conciencia e interioridad de las personas.

Circula un cuento, cuyo autor desconozco, que dice que un padre era continuamente molesto por su hijo. Para distraerlo tomó un folio de un gran atlas, donde se encontraba todo el mundo, con los Estados, ciudades, ríos, cordilleras, etc. Lo cortó en muchos trozos y se lo entregó al niño para que compusiera el rompecabezas. *Le llevará mucho tiempo*, pensó el padre. Tras pocos minutos, el niño volvió con el mundo recompuesto situado todo en el lugar correspondiente. *¿Cómo has sido capaz de recomponerlo tan deprisa?*, preguntó asombrado el padre. *Muy fácil, papá: En el revés estaba dibujada una persona. He reconstruido primero a la persona y el mundo se ha ido articulando por sí mismo.*

Todos hablamos hoy de la “dignidad humana”; pero debemos ser conscientes de que el fundamento de esa dignidad no es el mismo para todos y que no todos entendemos lo mismo por “dignidad de la persona”. Las grandes cuestiones que se refieren a la vida (como la concepción, el crecimiento, el final...), a la conciencia y a la libertad de las personas son subordinadas, muchas veces, a intereses coyunturales o relativizadas por doctrinas de moda.

Hoy la reconstrucción de la persona pasa, necesariamente, por superar la soledad forzosa, una de las nuevas pobrezas, como subraya Benedicto XVI:

“Una de las pobrezas más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobrezas, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar. Con frecuencia, son provocadas por el rechazo del amor de Dios, por una tragedia original de cerrazón del hombre en sí mismo, pensando ser autosuficiente, o bien un mero hecho insignificante y pasajero, un «extranjero» en un universo que se ha formado por casualidad. El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas. Hoy la humanidad aparece mucho más interactiva que antes: esa mayor vecindad debe transformarse en verdadera comunión. *El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia*, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro”. (*Caritas in veritate*, 53a).

Hablamos de la soledad forzosa de quienes pierden a su cónyuge; de la del enfermo (Karl Jaspers, médico y filósofo, dice que “el mundo de las personas enfermas es distinto del mundo de las personas sanas; les separa un abismo sin pasarela: para cruzarlo hace falta dar un salto”); de la soledad del indigente (nadie fracasa solo); de la soledad de la prostituta (testimonio de encuentros vacíos y existencias miserables); de la soledad del inmigrante (su soledad es un grito dirigido a la sociedad de acogida); de la soledad de la mujer maltratada (no reconocida, ni amada, refugiada en la humillación); de la soledad del desempleado... La DSI nos impulsa a buscar, sobre todo, a los que están sometidos a la soledad forzosa.

“*La acción pastoral de la Iglesia en el ámbito social debe testimoniar ante todo la verdad sobre el hombre. La antropología cristiana permite un discernimiento de los problemas sociales, para los que no se puede hallar una solución correcta si no se tutela el carácter trascendente de la persona humana, plenamente revelado en la fe. La acción social de los cristianos debe inspirarse en el principio fundamental de la centralidad del hombre. De la exigencia de promover la identidad integral del hombre brota la propuesta de los grandes valores que presiden una convivencia ordenada y fecunda: verdad, justicia, amor, libertad. La pastoral social se esfuerza para que la renovación de la vida pública esté ligada a un efectivo respeto de estos valores. De ese modo, la Iglesia, mediante su multiforme testimonio evangélico, promueve la conciencia de que el bien de todos y de cada uno es el recurso inagotable para desarrollar toda la vida social*” (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 527).

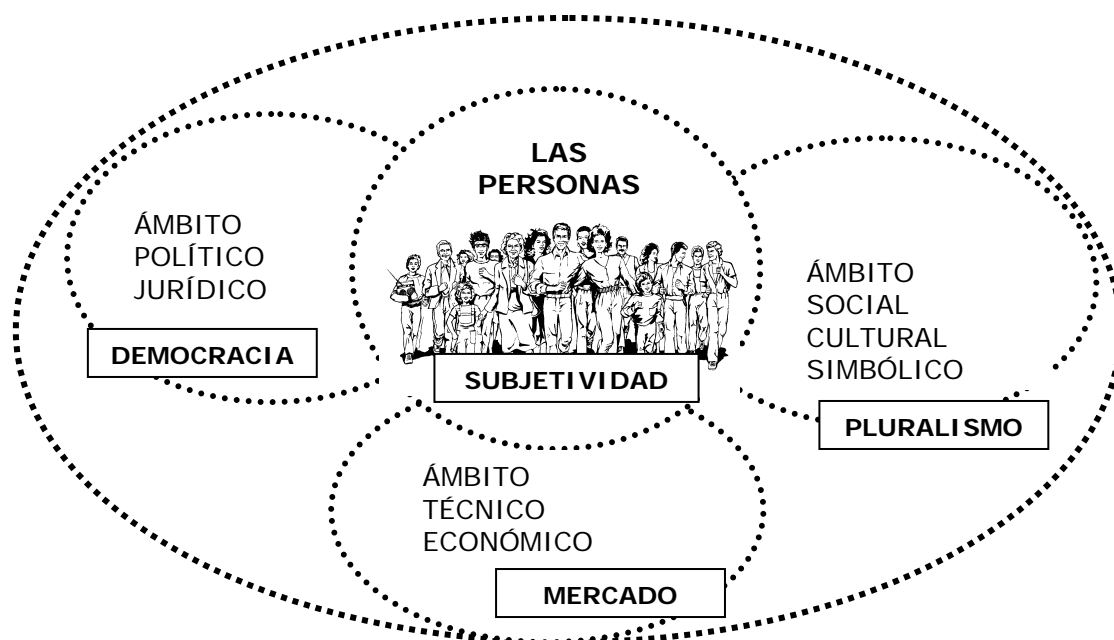
(2) En segundo lugar, en nuestra propia casa, en la Iglesia. La DSI es una gran desconocida por los católicos. La DSI tiene que provocar el diálogo en nuestra propia casa.

El Compendio afirma lo siguiente:

“La doctrina social es un punto de referencia indispensable para una formación cristiana completa. La insistencia del Magisterio al proponer esta doctrina como fuente inspiradora del apostolado y de la acción social nace de la persuasión de que ésta constituye un extraordinario recurso formativo: « Es absolutamente indispensable —sobre todo para los fieles laicos comprometidos de diversos modos en el campo social y político— un conocimiento más exacto de la *doctrina social de la Iglesia* ». Este patrimonio doctrinal no se enseña ni se conoce adecuadamente: esta es una de las razones por las que no se traduce pertinentemente en un comportamiento concreto” (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 528).

Los católicos somos herederos y depositarios de un rico patrimonio que no valoramos adecuadamente e incluso en muchos casos, hasta impedimos que otros lo conozcan. Tiene que darse una verdadera conversión institucional a la DSI para que, siendo más valorada y conocida por todos, necesitemos vivirla y transmitírsela, de corazón, a este mundo nuestro. Para ello es urgente reflexionar más en su Didáctica y Pedagogía, proponer más iniciativas y dedicar centros para la formación de quienes quieran profundizar en ella.

(3) En tercer lugar, en los ámbitos en que las personas toman la iniciativa de su desarrollo y de su crecimiento, porque las capacita para afrontar eficazmente las tareas cotidianas.



Desde León XIII hasta nuestros días, la Iglesia, a través de la doctrina social, enseña que a partir del concepto cristiano de la dignidad humana, que le confiere primacía absoluta en la sociedad (*Mater et Magistra* 219),

podemos transformar el fenómeno de la globalización fraternidad de toda la familia humana (*Caritas in veritate*, 42b).

“... la **interdependencia**, percibida como **sistema determinante** de relaciones en el mundo actual, en sus aspectos económicos, cultural, político y religioso, y asumida como **categoría moral**. Cuando la interdependencia es reconocida así, su correspondiente respuesta, como actitud moral y social, y como "virtud", es la **solidaridad**. Esta no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la **determinación firme y perseverante** de empeñarse por el **bien común**; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.” (*Sollicitudo rei socialis*, 38).

“La **solidaridad** nos ayuda a ver al "otro" -**persona, pueblo o nación**-, no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un "semejante" nuestro, una "ayuda" (cf. Gen 2, 18, 20), para hacerlo partícipe como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. De aquí la importancia de despertar la **conciencia religiosa** de los hombres y de los pueblos”. (*Sollicitudo rei socialis*, 39).

En el ámbito de la economía, del trabajo, de la producción y del consumo.

La crisis financiera y económica que padecemos, que sacrifica, sobre todo, a los más pobres, reclama reformas estructurales del gasto público, a fin de que éste sea más solidario; en poco tiempo hemos pasado del “Estado de bienestar” al “Estado de mal-gastar” (John Müller). Esta crisis nos abre a la necesidad de procurar que la actividad económica y las finanzas se rijan por criterios morales, implicando al mercado, al Estado y a la sociedad civil, como recuerda Benedicto XVI:

“En la *Centesimus annus*, mi predecesor Juan Pablo II señaló esta problemática al advertir la necesidad de un sistema basado en tres instancias: el *mercado*, el *Estado* y la *sociedad civil*. Consideró que la sociedad civil era el ámbito más apropiado para una *economía de la gratuidad* y de la fraternidad, sin negarla en los otros dos ámbitos. Hoy podemos decir que la vida económica debe ser comprendida como una realidad de múltiples dimensiones: en todas ellas, aunque en medida diferente y con modalidades específicas, debe haber respeto a la reciprocidad fraterna. En la época de la globalización, la actividad económica no puede prescindir de la gratuidad, que fomenta y extiende la solidaridad y la responsabilidad por la justicia y el bien común en sus diversas instancias y agentes. Se trata, en definitiva, de una forma concreta y profunda de democracia económica. La solidaridad es en primer lugar que todos se sientan responsables de todos; por tanto no se la puede dejar solamente en manos del Estado. Mientras antes se podía pensar que lo primero era alcanzar la justicia y que la gratuidad venía después como un complemento, hoy es necesario decir que sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia. Se requiere, por tanto, un mercado en el cual puedan operar libremente, con igualdad de oportunidades, empresas que persiguen fines institucionales diversos. Junto a la empresa privada, orientada al beneficio, y los diferentes tipos de empresa pública, deben poderse establecer y desenvolver aquellas organizaciones productivas que persiguen fines mutualistas y

sociales. De su recíproca interacción en el mercado se puede esperar una especie de combinación entre los comportamientos de empresa y, con ella, una atención más sensible a una *civilización de la economía*. En este caso, caridad en la verdad significa la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo”. (*Caritas in veritate*, 38).

Por otro lado, además de una nueva manera de participar en la actividad económica es urgente incorporar a la banca convencional nuevos instrumentos financieros éticos y otros alternativos, como los fondos de inversión ética y los microcréditos para el desarrollo (*Caritas in veritate*, 40, 45, 65, 67).

“Se ha de evitar que el *empleo de recursos financieros* esté motivado por la especulación y ceda a la tentación de buscar únicamente un beneficio inmediato, en vez de la sostenibilidad de la empresa a largo plazo, su propio servicio a la economía real y la promoción, en modo adecuado y oportuno, de iniciativas económicas también en los países necesitados de desarrollo”. (*Caritas in veritate*, 40).

“Responder a las exigencias morales más profundas de la persona tiene también importantes efectos beneficiosos en el plano económico. En efecto, *la economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento*; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona. Hoy se habla mucho de ética en el campo económico, bancario y empresarial. Surgen centros de estudio y programas formativos de *business ethics*; se difunde en el mundo desarrollado el sistema de certificaciones éticas, siguiendo la línea del movimiento de ideas nacido en torno a la responsabilidad social de la empresa. Los bancos proponen cuentas y fondos de inversión llamados «éticos». Se desarrolla una «finanza ética», sobre todo mediante el microcrédito y, más en general, la microfinanciación. Dichos procesos son apreciados y merecen un amplio apoyo. Sus efectos positivos llegan incluso a las áreas menos desarrolladas de la tierra. Conviene, sin embargo, elaborar un criterio de discernimiento válido, pues se nota un cierto abuso del adjetivo «ético» que, usado de manera genérica, puede abarcar también contenidos completamente distintos, hasta el punto de hacer pasar por éticas decisiones y opciones contrarias a la justicia y al verdadero bien del hombre.

En efecto, mucho depende del sistema moral de referencia. Sobre este aspecto, la doctrina social de la Iglesia ofrece una aportación específica, que se funda en la creación del hombre «a imagen de Dios» (*Gn 1,27*), algo que comporta la inviolable dignidad de la persona humana, así como el valor trascendente de las normas morales naturales. Una ética económica que prescindiera de estos dos pilares correría el peligro de perder inevitablemente su propio significado y prestarse así a ser instrumentalizada; más concretamente, correría el riesgo de amoldarse a los sistemas económico-financieros existentes, en vez de corregir sus disfunciones. Además, podría acabar incluso justificando la financiación de proyectos no éticos. Es necesario, pues, no recurrir a la palabra «ética» de una manera ideológicamente discriminatoria, dando a entender que no serían éticas las iniciativas no etiquetadas formalmente con esa cualificación. Conviene esforzarse —la observación aquí es esencial— no sólo para que surjan sectores o segmentos «éticos» de la economía o de las finanzas, sino para que toda la economía y las finanzas sean éticas y lo sean no por una etiqueta externa,

sino por el respeto de exigencias intrínsecas de su propia naturaleza. A este respecto, la doctrina social de la Iglesia habla con claridad, recordando que la economía, en todas sus ramas, es un sector de la actividad humana”. (*Caritas in veritate*, 65).

La austeridad y la sobriedad no son solamente valores y opciones individuales, son necesidades y obligaciones estratégicas de la sostenibilidad, que deben convertirse en decisiones de la voluntad política de cada ciudadano. El Norte no transmite austeridad en sus comportamientos y mensajes, al contrario, contagia al Sur con un modelo de desarrollo basado en el exceso y en el consumo constante de bienes y recursos naturales no renovables.

En el ámbito de la actividad política, de la Administración, del Estado de derecho.

Una de las lacras que más perjuicios causan hoy al desarrollo de los pueblos es la corrupción de los políticos (*Caritas in veritate*, 22).

Tengo la impresión de que, hoy, escasean los políticos con verdadera vocación de servicio al bien común, y capaces de transmitir mensajes consistentes; al contrario, abundan los que hacen de la política un modo de ganar dinero, que no distinguen lo público de lo privado, que se atreven a gobernar un país no siendo capaces de gobernar su propia casa... Abundan los políticos de diseño, preparados para la sociedad de la imagen, pero vacíos de mensajes y de conocimiento. También en política, pasamos de la “lucha de clases” a la “lucha de frases” (Santos Ortega).

La DSI contribuye a repensar la democracia, a formar al verdadero ciudadano político, a defender a la sociedad civil frente al avance de la *partitocracia*; en este momento tenemos que defendernos de las oligarquías políticas, sobre todo de las castas *endogámicas*, para lo cual necesitamos crear más tejido asociativo y más participación de la sociedad civil.

“La doctrina social ha de estar a la base de una intensa y constante obra de formación, sobre todo de aquella dirigida a los cristianos laicos. Esta formación debe tener en cuenta su compromiso en la vida civil: « A los seculares les corresponde, con su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven ». El primer nivel de la obra formativa dirigida a los cristianos laicos debe capacitarlos para a encauzar eficazmente las tareas cotidianas en los ámbitos culturales, sociales, económicos y políticos, desarrollando en ellos el sentido del deber practicado al servicio del bien común. Un segundo nivel se refiere a la formación de la conciencia política para preparar a los cristianos laicos al ejercicio del poder político: « Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal»” (*Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 531).

En el ámbito de la ecología y del cuidado del medioambiente

El Papa Benedicto XVI atribuye a la Iglesia una responsabilidad especial en el cuidado de la Creación; en el uso más sostenible de los recursos, en la tarea de crear una conciencia ecológica... Con respecto a estos problemas, la Iglesia siente una responsabilidad especial (*Caritas in veritate*, 51).

“Hoy, las cuestiones relacionadas con el cuidado y salvaguardia del ambiente han de tener debidamente en cuenta los *problemas energéticos*. En efecto, el acaparamiento por parte de algunos estados, grupos de poder y empresas de recursos energéticos no renovables, es un grave obstáculo para el desarrollo de los países pobres” (*Caritas in veritate*, 49).

“Además, muchos recursos naturales quedan devastados con las guerras. La paz de los pueblos y entre los pueblos permitiría también una mayor salvaguardia de la naturaleza. El acaparamiento de los recursos, especialmente del agua, puede provocar graves conflictos entre las poblaciones afectadas. Un acuerdo pacífico sobre el uso de los recursos puede salvaguardar la naturaleza y, al mismo tiempo, el bienestar de las sociedades interesadas”. (*Caritas in veritate*, 51).

“*El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa*. Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, en muchas partes del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan. Es necesario un cambio efectivo de mentalidad que nos lleve a adoptar *nuevos estilos de vida*, « a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones ». (...) *La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación* y la debe hacer valer en público. Y, al hacerlo, no sólo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. Debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida. En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: *cuando se respeta la « ecología humana » en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia*. Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también a las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza”. (*Caritas in veritate*, 51).

Conclusión

“El mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos” (cf *Ecclesiam suam*, 27). Con la DSI queremos ser capaces de crear espacios y oportunidades de diálogo, de consenso y de acuerdos... Cada uno, según

sus propios dones, debe descubrir para qué ámbitos está más preparado a fin de dialogar con el mundo. La DSI nos enseña a recorrer el camino que nos ayuda a descubrir a Dios en el mundo.

Yo creo que el mundo de hoy, a pesar de su autosuficiencia y hedonismo, quiere dialogar con Dios y con su Iglesia. El hombre es querido y amado por Dios y su sed de amor nace de Él. "Sin Dios, el hombre no sabe donde ir, ni tampoco logra entender quién es" (*Caritas in veritate*, 78). Pero, como en todas las épocas, necesita que alguien le facilite este encuentro con Dios y este coloquio. Hoy, la DSI es el punto de encuentro, es quien puede facilitar este diálogo, y que éste fructifique en obras.

Necesitamos conocer la DSI, familiarizarnos con su vocabulario, entenderla, porque la DSI tiene palabras llenas de contenido: la dignidad de la persona humana, la justicia, el bien común, la subsidiariedad, el destino universal de los bienes, la solidaridad, la participación... Estas palabras tienen un contenido que enriquece las razones de nuestra Fe encarnada en el mundo.

Necesitamos conocer la DSI, no sólo para saber estar en el mundo, sino sobre todo como pedagogía para aprender a presentar a Dios y su Reino en el corazón de nuestro mundo y prepararlo para acoger las verdades de nuestra Fe cristiana.

Y pensemos siempre que este "fundamento y estímulo para la acción" (CA, 57) no es nuestro, es de la Iglesia. De ahí la importancia de la comunidad cristiana para vivir la Fe con toda su riqueza.

La nueva evangelización exige que las sociedades como la nuestra, satisfechas, cansadas y acomodadas, que han olvidado la vitalidad de la Fe cristiana, en la cual se han desarrollado, vuelvan a la DSI y renueven. La DSI es un instrumento eficaz para buscar el lugar de Dios en el corazón de las realidades de nuestro mundo.